

III

En medio del desorden de sus pensamientos, Ceferina, al huir del baile, de la luz y de las miradas, y encontrarse sola con su desesperación ocasionada por las revelaciones que acababan de hacerle, había andado sin saber á donde iba. Jamás mujer enamorada había sido desengañada con mayor dureza por el mismo en quien hubiese fundado sus esperanzas. Aun le parecía estar oyendo que Pedro, al hablar de ella, decía : « Por lo demás, fácilmente comprenderá que esa muchacha no era un partido para mí. » ¡ Oh ! No, ahora comprendía que nunca había pensado hacerla su esposa. La criada del parador podía divertir un rato al señor Doublet, pues bromear y reir con ella no comprometía á nada, pero que una muchacha que no tenía más fortuna que su energía y su juventud llegase á hacerse ilusiones hasta el extremo de creer que un hombre establecido, rico y buen

mozo, la llevaría á la alcadía y á la iglesia... ¡ Vamos ! Y sin embargo, lo había jurado...

Por la noche, sentados junto al pozo y mientras ella dejaba en el agua fría los pesados cubos, él la tomaba las manos, fijaba con ardor los ojos en sus ojos, y á su oído murmuraba tiernas promesas. ¡ Y parecía sincero ! ¡ Qué bien sabía hablar y pronunciar lentamente las palabras que se metían en el corazón. Y como Pedro era rudo para con los hombres y fuerte para el trabajo, le había gustado desde el primer momento, y eso que su desconfianza natural la ponía en guardia contra los galanteadores que nunca proceden lealmente con las muchachas sin dote. ¡ Y la pobre infeliz había llegado á decirselo ! Y eso la hacía sufrir muchísimo, sobre todo desde que le había oído hablar de ella con tanto desprecio y desde que había oído dirigir á Gloria las mismas ternuras que á ella dirigiera.

Y desesperada, sin saber á donde se dirigía, Ceferina cruzó las últimas calles del arrabal, y por la carretera que conduce á San Martín llegó á encontrarse en medio de los campos. Una carreta que bajaba la cuesta dirigiéndose á Aygueville pasó, y los perros que la escoltaban aullaron furiosamente. De la cubierta de tela salió una voz ronca que gritó :

— Muerde Noirod, muerte Bidor...

Los perros acometieron, pero de mejor condición que el hombre, se pararon al llegar junto á Ceferina, y, tranquilos ya, menearon amistosamente la cola. La joven los

acarició continuando luego su camino. La noche era oscura pues la luna no brillaba en el firmamento. Llegó hasta el confluente del Verpière y del Marne, y torciendo á la izquierda, y siguiendo el curso del riachuelo, pasó por los prados donde las vacas, tumbadas so-

bre la hierba, dormían pesadamente. Andaba al azar, sin objeto determinado, y pasó cerca del molino de Cam-



pardón que, negro y silencioso, se alzaba junto al Verpière. Rendida por la fatiga y tranquilizada por la vecindad del molino, Ceferina se sentó junto á la orilla y quedóse pensativa y procurando hallar una solución para su triste aventura.

Un momento después, una lucecita que cual fuego fátuo bailaba entre los cañaverales le llamó la atención. Iba, venía, se alzaba, se bajaba, y persistente y caprichosa

continuaba su zarabanda fantástica en las tinieblas. La luz distraía á Ceferina y no podía apartar los ojos de aquel resplandor cuya causa no podía explicarse y que misteriosamente animaba la soledad hasta el extremo de llevar la inquietud al ánimo. Por la orilla del riachuelo avanzaba lentamente. De pronto, al oído finísimo de Ceferina llegó el chapalateo regular de dos remos, y la luz se dirigió réctamente á la orilla. Y la joven reconoció que la luz procedía de una linterna colocada en la proa de una barca. Veinte metros apenas los separaban, y como la oscuridad era densa, desde la orilla se distinguió confusamente lo que en la barca pasaba.

En la barca había dos hombres : uno remaba, y, el otro, colocado en la proa, unas veces alzaba la linterna, otras la inclinaba hasta ras del agua, y al parecer pescaban. Aun cuando incurriesen en delito, parecían tranquilos y no tomaban ninguna precaución. Pero sabían que á aquella hora de la noche los guardas campestres y de pesca estaban en la fiesta ó dormían tranquilamente, y que cazadores y pescadores furtivos tenían campo libre para operar con seguridad. Se habían parado precisamente frente al sitio donde Ceferina se hallaba y con ayuda de un gancho de hierro levantaban una masa que sin duda contenía buena presa, pues las sacudidas y coletazos de los peces se oyeron al mismo tiempo que una voz ronca decía :

— Esta es buena. Han caído en gordo. Dame la cubeta.

La linterna se agitó, y á su confusa luz Ceferina pudo ver á los dos hombres que se apoderaban de su presa y preparaban nuevamente el aparato. Hundieron otra vez la masa en el agua, y, á fuerza de remos, se alejaron con dirección al molino. Ceferina se quedó sola, sin que la hubiesen advertido, y más triste aún porque volvía conscientemente á la realidad de su situación.

Poco á poco salía de la alucinación que la había llevado tan lejos de la casa de Thiriot, tan lejos de su triunfante rival contra quien el agradecimiento, la costumbre de la subordinación y la medianía de su estado debían impedir que luchase. ¿Qué resistencia podía oponer la pobre Ceferina contra la rica Gloria? La victoria estaba decidida de antemano, y aun cuando ella se arriesgase á defender su felicidad, probablemente tendría que oír que la acusasen de ingratitud. Sus ropas, el pan de cada día, el abrigo de un techo hospitalario, todo, todo ¿no lo debía á Thiriot? La había recogido, criado, y querido, por más que haciéndola trabajar. ¿Podía disputar á la hija de su bienhechor el elegido de su corazón? Aun cuando el mismo Doublet no hubiese renegado tan vilmente de sus promesas, el sacrificio de su amor se imponía claramente á Ceferina. Era el único medio que se le presentaba para pagar su deuda de veinte años, pero una vez pagada, quedaría en libertad y perfectamente dueña de sí misma.

Con tristeza infinita pensó que no sabría cómo hacer uso de esa libertad que para sus débiles fuerzas supon-

dría pesada carga. Acostumbrada á vivir siempre en la misma casa, haciendo todos los días lo mismo, y haciéndolo para los mismos ¿podría irse sola á un lugar desconocido, y vivir entre extraños? Permanecer en Aygueville y en casa de Thiriot ni siquiera se le ocurría. Su primer impulso había sido huir, y ese instinto que la separaba de aquella por quien sufría, estaba en perfecto acuerdo con sus razonamientos. Ni siquiera admitía que pudiese tomar otra determinación. Su orgullo y su ternura la llevaban lejos, muy lejos del lugar donde estuviesen Thiriot, Doublet y Gloria. Pero ¿dónde? Ni ella misma lo sabía, ni siquiera podía pensarlo, y al plantearse esta cuestión se sentía invadida por inmensa lasitud. Marcharse, buscar un asilo, dar explicaciones de su pasado, contar sus penas y relatar su angustia, se le antojaban cosas de que se sentía incapaz, pues para hacerlas precisaban fuerzas sobrehumanas. ¡ Oh! Dormir, descansar, callarse, no oír más, salir de la atroz desesperación de la vida y entrar en el misterio y el olvido donde las iniciativas cesan tranquilizadas por la inercia definitiva!... El viento murmuraba sus quejas en los cañaverales, y la voz del río cantaba la frescura en la limpidez de sus ignorados y profundos retiros. La calma tranquila y suave se extendía por el valle y del cielo caía la paz serena que adormece el alma. Entre las ramas de un sauce un ruiseñor empezó á modular sus trinos, y su canción vibró en el silencio recordando á Ceferina el jardín del parador con sus floridos lilas y los amables juramentos de

su amigo de ayer. Una ola de amargura subió de la garganta á los labios de la joven, su corazón repleto de sollozos estalló y permaneció abatida sobre la verde hierba, junto á los cañaverales, cubriéndose la cara con las manos, y llorando por el desvanecimiento de sus hermosos sueños.

En la barca, los dos hombres continuaban su clandestina pesca. Uno de ellos, el que remaba, alto, fuerte, de energético rostro, vestía remendada blusa, cubría su cabeza con un gorro de piel, y calzaba altas botas en las que se perdía su pantalón de pana. Se llamaba Bernardo, pero comunmente se le conocía bajo el apodo de El Nutria. El otro era el molinero de Campardón, Jaime Siblot, muchacho vigoroso que hacía dos años había vuelto del regimiento y que vivía miserablemente con su madre porque, en vez de trabajar moliendo el trigo de los labradores del valle, corría por los llanos y bosques vecinos tendiendo lazos ó remaba por el riachuelo para coger las truchas que un rico propietario, el baron de Jarcy, sostenía, gastando sumas enormes, en las frías aguas del Verpière. Dejando la linterna en uno de los banquillos de la barca, cogió una cubeta que una tela metálica cubría y hundió el brazo en el agua sin cesar agitada por los coletazos y sacudidas de los prisioneros peces.

— Buena, buena ha sido, compadre, — dijo con satisfacción. — Los glotones de Meaux podrán regalarse el pico comiendo de vigilia el próximo viernes. Y podrán llenarse la tripa con pescado fino... Aún no hemos levan-

tado la mitad de nuestros cestos, y antes que subir río arriba tenemos que dejar el pescado en casa. Agitándose y saltando se estropea.

En aquel momento se hallaban cerca de la presa del molino cuya compuerta no se había levantado. El Nutria se acercó á la orilla remando vigorosamente, y Jaime saltó á tierra, ató la cadena á un poste, y ayudado, por su compañero, transportó la cubeta en la que coleteaban sus presas.

— ¿Quieres que te ayude?

— No vale la pena. Espérame, que en seguida vuelvo.

El Nutria sacó la pipa, la encendió, y, sentándose en la proa de la barca, se puso á fumar con la tranquilidad del hombre acostumbrado á acechar mucho tiempo sus presas. Profundo silencio envolvía el valle, y el molino se parecía rodeado de sombras, dormido completamente con su rueda inmóvil. Únicamente el ruiseñor, oído por Ceferina, continuaba cantando en las ramas del sauce, y aun que era novicio afinaba sus trinos para complacer á la hembra que le escuchaba. Así transcurrió un cuarto de hora, y luego, como si bruscamente saliese de un hoyo, sin hacer ruido, Jaime apareció.

— ¿Estás listo Jaime? preguntó El Nutria — Sí, — contestó Jaime — Al pasar he entrado en casa para traer el frasco y un vaso. Unas gotitas de lo fuerte, eso preserva de la humedad,

— Es cierto,

Y bebiéron uno tras otro, y animados por el calor del alcohol se pusieron de nuevo en marcha.

— Vamos por la segunda serie — dijo Jaime alegremente. — Tenemos que levantar, desde aquí hasta la presa del barón, veinte nasas lo menos. ¡Diablo! La cara que pondría si viese nadar sus truchas en mi vivero. Raro es que Berthaud, ese guarda terrible, no haya venido esta noche á pasear por la orilla del río...

— ¿Y la fiesta? Ese mozo no puede estar en el baile y aquí á un mismo tiempo. Eso sería pedir demasiado.

— Arrea, Bernardo, el primer cesto está ahí, frente á la piedra grande.

Y por las tinieblas avanzaron hasta el lugar indicado. Los cañaverales que dividía la proa de la barca, hacían oír ese ruido de seda tan especial; y los dos hombres, por completo consagrados á su trabajo, ni se ocupaban ni se preocupaban de lo que ocurría á su alrededor. Sin preocupación ninguna, sintiéndose libres por tierra y por agua, y seguros de que aquella noche no tenían que temer ninguna vigilancia, continuaban tranquilamente su pesca clandestina. Acababan de atracar en uno de los escondes del riachuelo, y como Jaime no lograra alcanzar su nasa con el gancho, sondeando con mil precauciones, el tiempo pasó. Estaban en silencio y casi inmóviles. El molinero, inclinado, exploraba cuidadosamente el sitio y metía las manos en el agua cuando un quejido lúgubre resonó en la noche al tiempo que un cuerpo pesado, al caer en el río, hacía mover la barca,



Bernardo conocido bajo el apodo de El Nutria (pág. 186.)

Los dos hombres se pusieron en pie lanzando una exclamación. El silencio reinaba de nuevo y el río, otra vez negro, ni siquiera conservaba las huellas en el lugar donde el cuerpo había caído.

— ¿Qué es eso? — dijo El Nutria.

— Algo que acababan de tirar al agua.

— Algo, algo...

— ¿Y qué quieres que te diga? Exepción hecha de nosotros ¿quién puede encontrarse en el prado?

— Si hubiesen cometido un crimen... sería preciso que no pudiesen colgárnoslo á nosotros.

— Eso está oscuro como la boca de un lobo.

— Oye ¿y si nos fuésemos?

En aquel momento, Jaime, sin hacer caso de la prudente recomendación de su compañero, se inclinó sobre el agua y se fijo en ella con extrema atención. De pronto lanzó el garfio á un objeto que se deslizaba entre dos aguas, pero, á pesar de su habilidad, no pudo alcanzarlo.

— ¡Es un cuerpo humano! ¡Recorcho! — exclamó Bernardo. ¡Parece una mujer!

No tuvo tiempo para decir más. Jaime se había quitado la chaqueta y acababa de zambullirse en el río. El agua se agitó, y El Nutria, atento pero sin inquietud, pues sabía que su compañero era excelente nadador, acechaba la ocasión para acudir en su auxilio. El molinero apareció á la superficie y después de una aspiración fuerte volvió á zambullirse. El Nutria dejaba que la barca

se deslizase suavemente adivinando que Jaime exploraba el fondo siguiendo la corriente. Así recorrieron unos veinte metros, y por segunda vez Jaime mostró su rostro rojizo y sus cabellos que chorreaban. Hundióse de nuevo en los peligrosos juncales del Verpière, y volvió á flor de agua nadando vigorosamente. Á la espalda llevaba un informe bulto negro, y llamó á su compañero:

— Coje á la mujer, Bernardo, cójela que no puedo más...

Hacia violentos esfuerzos para llegar á la barca, sus movimientos se hacían más pesados á cada brazada, y de su garganta salían ronquidos semejantes á estertores. Con increíble rapidez El Nutria tendió el garfio y atrajo al salvador, y luego, apoderándose del pesado cuerpo que paralizaba los movimientos de Jaime, lo extendió en el fondo de la barca. El molinero se agarró á la borda y respiró con avidez.

— ¡ Diablo ! He creído que no saldría... Dame la mano, amigo...

Y ayudado por El Nutria entró en la barca. Aunque chorreaba pareció preocuparse poco, y levantaba la cabeza del cuerpo que se extendía á su lado. Los cabellos cubrían por completo la cara.

— ¿ Estará muerta ? — preguntó con inquietud.

— No es posible... Apenas ha estado en el agua.

— Vamos al molino, y llamaremos á mi madre, pues esta desgraciada necesitará cuidados si vive aún ; vamos Bernardo, rema, rema...

Y la barca, arrastrada por la corriente y empujada por los remos, se deslizó por el Verpière sin precaución ninguna. Poco importaba á aquellos hombres que los viesen ó no. El molino se agrandaba en las sombras y parecía salir á su encuentro... la proa tocó la orilla, y Jaime saltó el primer escalón de los cuatro que tallados en la orilla se parecían. Ató la embarcación á un poste, y, silenciosamente, El Nutria cogió el cuerpo inerte y se lo pasó á su compañero. Éste lo levantó con infinitas precauciones.

— Alúmbrame y anda delante, — dijo Jaime.

El Nutria, con la linterna en la mano, avanzó por un prado, llegó hasta una puerta baja, y los dos hombres entraron en la cocina del molino. Una mesa enorme ocupaba el centro y en ella extendieron el cuerpo de la mujer mientras Jaime, con voz fuerte, llamaba á su madre. De pie, uno á cada lado de la mujer, se sentían poseídos de cierto terror respetuoso y ni siquiera para convencerse de que aún respiraba se atrevían á tocarla. Los largos cabellos, mezclados con algas, se aplastaban en la cara cuya palidez aparecía entre los mechones. Y la rigidez de aquel cuerpo extendido sobre la mesa y en aquella sala oscura, ofrecía trágico aspecto. Por fin, la madre de Siblot, ajustándose un corpiño, bajó con una luz, pero al ver el lúgubre cuadro, dijo :

— ¡ Dios mío ! ¿ Quién es esta desgraciada ? ¿ Por qué la habéis traído al molino ?

— Madre, pues porque creemos que no está muerta y que necesita auxilio.

Sin decir palabra la vieja separaba los mojados cabellos, y poco á poco ponía de manifiesto el rostro de la infeliz.

— ¡ Alabado sea Dios! — exclamó Jaime. — ¡ Si es Ceferina, la del tío Thiriot! ¿ Qué le habrá sucedido? ¿ A su edad tirarse al Verpière?...

— Cuando el Marne pasa á cien pasos de su casa, — añadió El Nutria pensativo...

— Aún respira — dijo triunfalmente la madre de Siblot que había levantado la cabeza de la joven. — Pronto, Jaime, ayúdame, que vamos á meterla en mi cama. Tú, Bernardo, vete á Aygueville á buscar al médico...

— Poco á poco, madre — replicó Jaime. — Ahora que estamos seguros de que esta muchacha vive, no debemos enterar á nadie de lo que ha hecho sin antes conocer las causas que la han empujado á tomar tan terrible decisión. Sin que nos ayude ese vendedor de muertes sabremos ponerla bien... Cógela por las piernas... yo la cogeré por los sobacos... Bernardo, enciende lumbre y calienta vino... Por el momento no se le debe dar otra cosa... Luego veremos.

En la habitación de la madre de Siblot, desnuda, seca, y reanimada por el calor del lecho, Ceferina recobró el conocimiento. Al principio, sus vagos ojos apenas podían fijarse en los objetos, y los suspiros que exhalaba eran tan profundos que parecían gemidos. Sus manos se retorcían con angustia, y, arrancada á la insensibili-



Y la rigidez de aquel cuerpo extendido sobre la mesa y en aquella sala obscura, ofrecía trágico aspecto (pág. 193).

dad de la muerte casi adquirida, recobraba la noción de su angustia moral. Con acento desgarrador murmuró :

— ¡ Dios mío! ¿ Por qué me habrán salvado?

La madre de Siblot se inclinó y con grave dulzura, dijo :

— Descanse, hija mía, y no hable ni se preocupe. Está usted en casa de gentes honradas que la cuidarán bien, y mañana, cuando esté tranquila, reflexionará y comprenderá que lo que ha hecho esta noche está mal, muy mal...

Ceferina no supo qué contestar á esas palabras cariñosas, y rendida por la fatiga derramó abundantes lágrimas que mojaron las manos de la vieja que con maternal sollicitud la acariaba el rostro. La pobre mujer separó la luz que podía herir con violencia los ojos de la enferma. Abrió la puerta, y dirigiéndose á los hombres que esperaban, les dijo con voz muy baja :

— Hijos míos, esta noche no habéis perdido el tiempo por más que no tuviéseis intención de ejecutar un trabajo tan digno y tan honrado... Ahora, á la cama todo el mundo, que van á dar las dos...

— No tan pronto, — replicó El Nutria. — Veinte nasas nos esperan. ¿ Estás ya seco, Jaime? Tomemos el vino caliente puesto que la joven no lo necesita, y vamos á charlar un rato con los peces que amablemente nos esperan. Sería lástima dejarlos donde están; mañana habrían muerto...

— ¡ Mala pécora ! A ver si un día pescas una causa que te lleve á la casa grande... Jaime, hijo mío, en vez de pasar las noches respirando la niebla del río, valdría más que empleases tu tiempo moliendo el trigo que aquí espera...

— Mañana, madre, mañana, te lo prometo...

— Siempre mañana...

Y la buena mujer entró refunfuñando en su habitación y se sentó junto á la cama para velar á Ceferina.

IV

Thiriot no tuvo noticia del grave acontecimiento ocurrido la víspera hasta que supo que Ceferina no había bajado á la hora acostumbrada para poner en orden la sala y dedicarse á la limpieza. Al volver con Gloria y el herrero del baile, al despuntar el día, se acostó sin preocuparse lo más mínimo por su hija adoptiva. Estaba convencido de que Ceferina habría vuelto sola ó con algún vecino, y siguiendo la costumbre adquirida desde mucho tiempo, ni siquiera se había ocupado de ella. Eso simplificaba su vida, pues como todo corría á cargo de Ceferina no tenía que temer nada y siempre lo encontraba todo á punto, sucediendo que sólo advertía su existencia por los servicios que le prestaba. Verdad es que procediendo de este modo Thiriot aseguraba la buena marcha de los asuntos de su casa, y cuando á las ocho oyó espantoso barullo en la sala, se decidió á ponerse el pantalón, calzarse las zapati-